

LIBRO TERCERO

ARGUMENTO

No deben presentarse a la juventud sino las imágenes de lo bello, a fin de inducirla, naturalmente, a amar lo que es bello y lo que es bueno. Con este fin, Platón se apresura a despojar las poesías de las ficciones que pueden disminuir el valor y engañar la conciencia, de todo lo que tienda a degradar el carácter de los héroes y a dar falsas ideas acerca de la bondad de los dioses. Crítico de Homero, el legislador destierra al poeta por haber hablado mal de la divinidad; pero al desterrarlo de la República, exalta sus méritos y orla sus sienes con una corona. En seguida define la medicina y la jurisprudencia, y manifiesta el deseo de que ellas se limiten a la conservación de aquellos que han recibido de la naturaleza un cuerpo sano y un alma bella. La temperancia eliminará a los médicos, la justicia a los jueces. En seguida aborda Platón una cuestión difícil, que hasta el presente los legisladores han tratado en vano de resolver. Se trata de dar el mando a quienes sean dignos de mandar. El legislador desea fundar una justa desigualdad, y coloca en su puesto todas las clases meritorias. Divide la nación en tres clases, a saber: los guerreros, los magistrados y los mercenarios; clases a las cuales corresponden tres razas de hombres: la raza de oro, la de plata y la de cobre. Toma estas razas tal y como ellas surgen del seno de la naturaleza, y las somete a una educación cuyo propósito es el de separar a los hombres de raza de oro para colocarlos en la cima de la sociedad.

I

1. — SÓCRATES

Con respecto a los dioses, tales son los discursos que en mi concepto conviene oígan o, según el caso, impedir que oígan los niños que habrán de honrar un día a los mismos dioses y a sus padres, y que habrán de dar grande importancia a la amistad y a la concordia entre los ciudadanos.

ADIMANTO

Lo que hemos establecido sobre este punto me parece muy razonable.

SÓCRATES

Ahora, si queremos que sean valerosos, ¿no será preciso decirles cosas que en lo posible contribuyan a hacerles perder el miedo a la muerte? ¿o crees tú que puede el hombre llegar a ser valiente cuando abriga en su ser ese temor?

ADIMANTO

No lo creo.

SÓCRATES

¡ Cómo ! ¿Piensas tú que un hombre que cree en los infiernos, y en los horrores que reinan en ellos, no tenga temor a la muerte, y que en los combates la prefiera a la derrota y a la esclavitud ?

ADIMANTO

Jamás.

SÓCRATES

Será, pues, necesario vigilar aún más a los fabulistas y recomendarles que cambien por elogios sus calumnias; porque todos esos relatos no son verdaderos

ni propios para inspirar la confianza a los guerreros.

ADIMANTO

Sí, ello es preciso.

SÓCRATES

Suprimiremos, por consiguiente, todos los pasajes de ese género, comenzando por los siguientes versos :

Preferiría al imperio de la muerte la condición de esclavo, y trabajar en casa de otro que fuese él mismo esclavo, pobre, y sosteniéndose con el trabajo de sus manos (1);

y éstos :

Platón temía que esta etapa de tinieblas y de horror profundo, temida de los mismos dioses, no estuviese expuesta a las miradas de los mortales y de los inmortales (2);

y éstos :

Desgraciadamente, lo único que queda de nosotros, después de la muerte, en la morada de Plutón, es un alma y una imagen vana, privada de sentimiento y de razón (3);

y éstos :

Sólo Tirecias piensa; los demás no son sino sombras errantes (4);

y éstos :

Su alma, abandonando al cuerpo, huyó a los infiernos deplo- rando su destino y llorando su juventud y su fuerza (5);

y éstos :

Su alma, como un vapor ligero, huyó gimiendo bajo la tierra (6);

y este otro :

Tal como los murciélagos, cuando en el fondo de un antro sagrado revolotean lanzando gritos si alguno de la ban-

(1) *Odisea*, XI, v. 488.

(2) *Iliada*, XX, v. 64.

(3) *Id.*, XXXIII, v. 103.

(4) *Odisea*, X, v. 495.

(5) *Iliada*, XXVI, v. 856.

(6) *Id.*, XXIII, v. 100.

dada cae de la roca, y se agarran los unos a los otros, se marchaban juntos y gimiendo (1).

Pediremos a Homero, y a los demás poetas, que no tomen a mal el que suprimamos estos pasajes y cuantos se les asemejen. No es que no sean ellos poéticos y que no agraden al pueblo; pero cuanto más bellos son, mayor es el peligro de que sean oídos por los niños y por hombres que, destinados a ser libres, deben temer menos a la muerte que a la esclavitud.

ADIMANTO

Tienes perfecta razón.

2. — SÓCRATES

Del mismo modo debemos rechazar también aquellos nombres terribles y pavorosos del cocito, la estigia, los infiernos, los manes, y tantos otros del mismo género que hacen temblar a quienes los oyen. Puede que ellos tengan su utilidad, bajo otros conceptos; pero nosotros tememos que el espanto que inspiran resfríe y haga decaer el valor de nuestros guerreros.

ADIMANTO

Este temor es bien fundado.

SÓCRATES

¿Es pues necesario suprimir esos pasajes?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

¿Es pues preciso servirse tanto en la prosa como en la poesía de palabras de carácter absolutamente distinto?

(1) *Odisea*, XXIV, v. 6.

ADMANTO

Sin duda.

SÓCRATES

¿Habremos de suprimir también los lamentos y las quejas que se ponen algunas veces en boca de los grandes hombres?

ADMANTO

Me parece que eso es una consecuencia necesaria de lo que hemos dicho.

SÓCRATES

Veamos si la razón nos autoriza o no para hacer esta supresión. Decimos que el sabio no considera la muerte como un mal para otro sabio de quien es amigo.

ADMANTO

Sí.

SÓCRATES

No llorará, pues, sobre su cadáver considerando su muerte como una desgracia.

ADMANTO

No.

SÓCRATES

Decimos, también, que si se trata de un hombre que pueda bastarse a sí mismo para ser feliz, el sabio es el que tiene sobre todos los demás la ventaja de no tener necesidad de nadie, por decirlo así.

ADMANTO

Esa es la verdad.

SÓCRATES

Será él, pues, el que menos sentirá el pesar por la pérdida de un hijo, de un hermano, de la riqueza, o de cualesquiera otros bienes.

ADIMANTO

Ciertamente.

SÓCRATES

¿Será él, pues, el que menos padezca y el que más fácilmente se resignará cuando le ocurra una de estas desgracias?

ADIMANTO

Evidentemente.

SÓCRATES

¿Tendremos, pues, razón de suprimir en los hombres ilustres las lágrimas y los gemidos, los cuales dejaremos a las mujeres, y no a todas, sino a las mujeres muy vulgares, y a los hombres cobardes, a fin de que aquellos a quienes destinemos al servicio del Estado se ruboricen de semejantes debilidades?

ADIMANTO

Muy bien.

SÓCRATES

Suplicaremos de nuevo a Homero y a los demás poetas que no nos representen en sus ficciones a Aquiles, hijo de una diosa, en términos semejantes a éstos :

Echado de costado unas veces, otras de espaldas, o con el rostro contra el suelo; errando a las veces por la playa, presa del pesar; tan pronto erguido y errante, sumido en la más profunda melancolía, por las riberas del inmenso mar (1);

ni tampoco

Tomando a dos manos la abrasadora arena, y co nella cubriéndose la cabeza (2);

o llorando y sollozando sin cesar; y que no nos repre-

(1) *Iliada*, XXIV, v. 10 y siguientes.

(2) *Id.*, XXVIII, v. 23.

senten a Príamo, aquel rey casi igual a los dioses, haciendo súplicas a sus guerreros y

...revolcándose en el polvo, implorándoles por turno y por su nombre (1).

Les suplicaremos también que no hagan aparecer a los dioses lamentándose y exclamando :

¡ Cuán desgraciada soy por ser la madre de un héroe ! (2)

Y si habremos de suplicarles tal cosa con respecto a los demás dioses, lo haremos también con respecto a los más grandes, a quienes Homero se ha atrevido a desfigurar hasta el punto de decir :

Mis ojos perciben un héroe que me es querido. Se le persigue en torno a las murallas; mi corazón sufre por ello (3),

y en otra parte :

He aquí el momento, oh dolor, en que Sarpedón, el mortal que más he querido, ha de caer fatalmente bajo los golpes de Patroclo, hijo de Menesio (4).

3. — Si los jóvenes, mi querido Adimanto, oyen estos relatos seriamente, en vez de mofarse de ellos como de fábulas indignas de los dioses, difícil les será creerlas indignas de ellos mismos; pues, después de todo, no son sino hombres, y les será también difícil evitarse reproches cuando les venga en mientes decir o hacer cosas semejantes; pues ante los más pequeños sinsabores se abandonarán sin vergüenza y sin valor a los gemidos y a las lágrimas.

ADIMANTO

Nada más cierto que lo que dices.

(1) *Iliada*, XXII, v. 414.

(2) *Id.* XXVIII, v. 54.

(3) *Id.* XXII, v. 168.

(4) *Id.* XXVI, v. 433.

SÓCRATES

Ahora bien, eso no debe ser así; ya hemos expresado la razón, y debemos aceptarla en tanto que no se encuentre otra mejor.

ADIMANTO

No, eso no debe ser así.

SÓCRATES

Tampoco conviene provocar la risa de nuestros jóvenes, pues una risa excesiva denota casi siempre una excesiva agitación en el alma.

ADIMANTO

Así me lo parece.

SÓCRATES

Precisa, pues, no representar a los hombres serios dominados por la risa, y menos aún a los dioses.

ADIMANTO

Seguramente que no.

SÓCRATES

Entonces no impartiremos nuestra aprobación a aquel pasaje de Homero en que dice :

Una risa inextinguible se apoderó de los bienaventurados dioses cuando vieron a Vulcano agitarse cojeando en la sala del festín (1).

Este pasaje no debe ser aprobado, si hemos de creer lo que tú dices.

ADIMANTO

No debe ser aprobado si túquieres creerme.

SÓCRATES

O más bien es preciso ceñirse a la verdad, que es lo

(1) *Iliada*, v. 599.

que más debemos tener en cuenta. Porque si tenemos razón en decir, como lo hacíamos hace un momento, que la mentira es inútil a los dioses, pero que es útil a los hombres en forma de remedio, es evidente que ella debe ser permitida a los médicos, y que los particulares no deben incurrir en ella.

ADMANTO

Esto es evidente.

SÓCRATES .

Corresponde, pues, a los magistrados, más que a ningún otro, el mentir para engañar al enemigo, o a los ciudadanos, en interés del Estado. A los demás, la mentira debe estarles prohibida, y diremos que el ciudadano que engaña a los magistrados es tan culpable, y hasta más culpable, que el enfermo que engaña a su médico; que el discípulo que oculta al profesor de gimnasia los defectos de su cuerpo; o que el marino que no informa al piloto de las maniobras que él o su camarada ejecutan a bordo de la nave.

ADMANTO

Esó es perfectamente exacto.

SÓCRATES

Por consiguiente, si el magistrado sorprende a un ciudadano cualquiera en flagrante delito de mentira, ya sea que ese ciudadano pertenezca a

la clase de los artesanos, a la de los adivinos, o que sea médico o carpintero (1),

lo castigará severamente, porque introduce en el Estado, cual lo hiciera en un navío, un mal capaz de hacerle zozobrar.

(1) *Odisea*, XXVII, v. 383.

ADIMANTO

Eso sería lo que habría de suceder si los actos correspondiesen a las palabras.

SÓCRATES

¡ Cómo ! ¿ No nos sería también preciso educar a los jóvenes en la temperancia ?

ADIMANTO

Ciertamente.

SÓCRATES

Los más grandes efectos de la temperancia, ¿ no son por lo común el de hacernos sumisos ante aquellos que nos gobiernan, y dueños de nosotros mismos en lo que respecta a la comida, a la bebida y a los placeres de los sentidos ?

ADIMANTO

Parécmeme que sí.

SÓCRATES

Entonces debemos aprobar aquel pasaje de Homero en que Diógenes dice a Estenelo :

Amigo, siéntate en silencio y sigue mis consejos (1),
o este otro :

Los griegos avanzaban llenos de ardor, demostrando, con su
silencio, respetuoso temor hacia sus jefes (2),

y otros semejantes.

ADIMANTO

Muy bien.

(1) *Iliada*, III, v. 8.

(2) *Id.*, IV, v. 412.

SÓCRATES

Pero ¿habremos de aprobar también el siguiente verso? :

Ebrio que tiene los ojos de un perro de presa y el corazón de un cervatillo (1);

¿y todos los que le siguen, así como también todas las injurias que los poetas y demás escritores hacen decir a seres inferiores y superiores a ellos?

ADMANTO

Sin duda que no.

SÓCRATES

Creo yo que discursos semejantes no son los más propios para inspirar moderación a la juventud; y si ellos la procuran algún otro placer no hay que sorprenderse de ello. ¿Qué piensas tú?

ADMANTO

Lo que tú piensas.

4. — SÓCRATES

Como no convienen tampoco aquellos pasajes en que Homero hace decir al sabio Ulises que nada le parece tan bello como las mesas cubiertas

de manjares deliciosos, y un escanciador que vierte en el jarrón un vino generoso que luego echa en las copas... (2)

y en otra parte :

La muerte por hambre es la más triste de las muertes (3).

O cuando nos representa a Júpiter a punto de olvidar, debido al ardor que le impele hacia los placeres amorosos, los designios que ha formado cuando ve-

(1) *Ilada*, I, v. 225.

(2) *Odisea*, IX, v. 8.

(3) *Id.*, XI, v. 342.

laba, él solo, durante el sueño de los dioses y de los hombres; y de tal manera le afecta la vista de Juno, que no desea entrar a su palacio, sino satisfacer su pasión en el mismo lugar en que se encuentra, declarándola que nunca antes experimentó tan vivos deseos, ni siquiera el día en que se vieron por primera vez

...sin que sus padres lo supiesen... (1).

O cuando refiere cómo, en prosecución de análogos placeres, fueron sorprendidos Marte y Venus en las redes de Vulcano (2).

ADIMANTO

En verdad, ninguno de esos relatos es conveniente para la juventud.

SÓCRATES

Mas si los héroes exhiben en sus palabras, o en sus actos, un valor a toda prueba, entonces sí será preciso admirar y oír lo que de ellos se diga, como en los siguientes versos :

Ulises, dándose golpes de pecho, habló a su alma de esta suerte : ¡valor, alma mía! Ya has soportado mayores males (3).

ADIMANTO

Seguramente que sí.

SÓCRATES

No habremos de tolerar que los guerreros se aficionen a los obsequios y a las riquezas.

ADIMANTO

Indudablemente que no.

(1) *Ilíada*, XIV, v. 291.

(2) *Odisea*, VII, v. 266.

(3) *Id.*, XX, v. 17.

SÓCRATES

Tampoco permitiremos que en su presencia se cante aquel verso que dice :

Los obsequios convencen a los dioses y a los venerables reyes (1),

ni hacer el elogio de Fénix, preceptor de Aquiles, por haberle aconsejado que socorriese a los griegos si éstos le obsequiaban, y de lo contrario, resentirse con ellos (2). Nosotros nos negaremos a creer y a declarar que la avaricia de Aquiles hubiese llegado hasta el punto de recibir presentes de Agamenón (3), y de no querer entregar un *cadáver* (4), sino después de recibir la recompensa.

ADMANTO

La justicia no permite el elogio de semejantes gestos.

SÓCRATES

No me atrevo a decir, por respeto a Homero, que sea una impiedad acusar a Aquiles de semejantes actos, o dar crédito a sus acusadores. Tampoco me atrevo a decir que ese héroe haya hecho jamás a Apolo una amenaza semejante a ésta :

¡ Tú, Apolo (5), el más cruel de los dioses, me has herido !
 ¡ Ah ! Te castigaría por ello si tuviese poder bastante para hacerlo.

No es necesario que se hubiese rebelado a la voz de un dios, el río Xante, contra el cual estaba dispuesto a batirse (6), ni que hubiese dicho al otro río, el Es-

(1) Eurípides, *Medea*, v. 934.

(2) *Iliada*, IX, v. 435.

(3) *Id.*, XIX, v. 278.

(4) *Id.*, XXIV, v. 175.

(5) *Id.*, XXII, v. 15.

(6) *Id.*, XXI, v. 12.

perquio, al cual su cabellera había sido consagrada :

Quiero dar esta cabellera al héroe Patroclo,

ni que hubiese rendido a un muerto este homenaje prometido a un dios. Negaremos que hubiese arrastrado el cadáver de Héctor alrededor de la tumba (1) de Patroclo, y que hubiese degollado y hecho quemar a los troyanos cautivos (2) sobre la pira de su amigo. Sostendremos que todos esos relatos son mentirosos, y no toleraremos el que se haga creer a nuestros guerreros que Aquiles, hijo de una diosa y del sabio Peleo, biznieto y discípulo del sabio Chirón, hubiese tenido un alma capaz de encerrar en ella vicios contrarios, la bajeza, unida a la avaricia, y un orgullo insultante para los dioses y los hombres.

ADIMANTO

Tienes razón.

5. — SÓCRATES

Guardémonos también de creer y de permitir que se diga que Teseo, hijo de Neptuno, y Prito, hijo de Júpiter, hubiesen intentado raptos tan criminales como los que se les atribuyen; y que cualesquiera otros hijos de los dioses, o cualesquiera otros héroes, se hubiesen atrevido a cometer crueidades y actos de impiedad tan horribles como aquellos de que los poetas falsamente les acusan. Obliguémosles a reconocer que o los héroes no han cometido jamás tales acciones, o que no son hijos de los dioses. No les permitiremos decir entrambas cosas a la vez, ni que traten de persuadir a nuestra juventud de que los dioses han sido los ejecutores de malas acciones y que los héroes

(1) *Iliada*, XXII, v. 394.

(2) *Id.*, XXIII, v. 175.

no son mejores que los hombres. Porque hemos dicho que esos discursos no son ni religiosos ni verdaderos; así como hemos demostrado también el desagrado que se experimenta al decir que los dioses sean autores de algún mal.

ADIMANTO

Ello no admite contradicción.

SÓCRATES

Agreguemos que estos discursos son peligrosos para quienes los escuchan. ¿Qué hombre, en efecto, no se perdonará el mal que haya hecho, una vez de que se le convenza de que los héroes ejecutan o han ejecutado actos semejantes?

Los héroes, verdaderos hijos de los dioses que rodean a Júpiter y tienen en la cumbre del monte Ida su altar paterno, en las regiones puras del aire, y sienten todavía correr por sus venas la sangre de los inmortales (1).

Estas razones nos obligan a poner fin a todas esas ficciones, debido al temor que nos inspiran de que den a la juventud grandes facilidades para hacer el mal.

ADIMANTO

Sin duda.

SÓCRATES

Una vez que hemos comenzado a determinar qué discursos deben oír los jóvenes, y cuáles han de sorprenderse, ¿habrá todavía otra clase de leyendas en que debamos ocuparnos? Ya hemos considerado lo que precisa decir con respecto a los dioses, los genios, los héroes y los infiernos.

ADIMANTO

Sí...

(1) Luciano atribuye estos versos a un poeta trágico cuyo nombre calla.

SÓCRATES

¿Habrá llegado ahora el momento de reglamentar la cuestión relativa a los discursos referentes a los hombres?

ADMANTO

Sin duda.

SÓCRATES

Empero, querido amigo, nos es imposible por ahora fijar las reglas al respecto.

ADMANTO

¿Por qué?

SÓCRATES

Porque pienso que llegaríamos a la conclusión de que los poetas y los fabulistas se engañan en las cosas de mayor importancia, con respecto a los hombres, cuando dicen que los injustos son generalmente felices y los justos desgraciados; cuando dicen que la injusticia es útil en tanto que no se la descubra, y que la justicia es, por el contrario, un bien para el que no la posee y un mal para el que la tiene. Prohibiremos semejantes discursos, y dispondremos que en lo porvenir digan lo contrario, tanto en verso como en prosa; ¿no es verdad?

ADMANTO

Estoy convencido de ello.

SÓCRATES

Mas si tú convienes en que tengo razón en esto, ¿habré de concluir en que convienes también en lo que buscamos desde hace tanto tiempo?

ADMANTO

Tu observación es justa.

SÓCRATES

Esperemos, entonces, para establecer cuáles son los discursos que hayan de prevalecer, al hablar de los hombres, a que hayamos descubierto lo que la justicia es, y si ella es útil por sí misma a quien la posee, ya sea que pase o no por hombre justo. ¿No te parece?

ADIMANTO

Muy bien.

SÓCRATES

Basta lo dicho por lo que a los discursos en sí mismos respecta; estudiemos ahora lo que a la dicción se refiere, y una vez hecho esto habremos estudiado, de una manera completa, el fondo y la forma que es preciso dar a los discursos.

II

1. — ADIMANTO

No comprendo lo que quieres decir.

SÓCRATES

Ello es, sin embargo, indispensable. Acaso lo comprendas mejor si te lo explico de esta manera : cuanto dicen los fabulistas y los poetas, ¿no es una relación de cosas pasadas o presentes, o de vaticinios para lo futuro?

ADIMANTO

Sin duda.

SÓCRATES

¿No emplean ellos el relato simple, imitativo, o compuesto?

ADIMANTO

Te ruego me expliques esto más claramente.

SÓCRATES

A lo que parece, soy un maestro complaciente; no sé cómo hacerme entender. Imitando a aquellos que no tienen la facilidad de explicarse, procuraré expresar mi pensamiento de una manera parcial, y no bajo formas generales. Responde: tú conoces los primeros versos de la *Iliada* en que Homero refiere que Criseo rogó a Agamenón que le entregase su hija; que este último se negó a ello con violencia, y que entonces Criseo, no habiendo logrado el objeto de su súplica, pidió a Apolo vengarse aquella negativa en el ejército de los griegos?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

Sabes también que el poeta habla en su nombre en aquel verso que dice:

...elevó su súplica a todos los griegos y sobre todo a los dos Atridas, caudillos de los pueblos (1),

y que no trata de desviar el pensamiento sobre ningún otro, como si no fuese él mismo el que habla. Pero después de este verso habla como si fuese Criseo, y emplea todo su arte para convencernos de que ya no es Homero el que habla, sino aquel anciano, sacerdote de Apolo. Tal es el estilo que adoptó en la mayor parte de los sucesos ocurridos en Ilión, en Itaca y en toda la *Odisea*.

ADIMANTO

Exactamente.

(1) *Iliada*, I, v. 15 y 16.

SÓCRATES

Pero ya sea que quien habla es el poeta, o que éste haga hablar a los demás, ¿la composición no es siempre un relato?

ADMANTO

Sin duda.

SÓCRATES

Mas por el hecho de que hable en nombre de otro, ¿no habremos de decir que hace todo esfuerzo por imitar el lenguaje de aquel cuyo discurso anuncia?

ADMANTO

Si, lo diremos.

SÓCRATES

Ahora bien, procurar semejarse a otro por el lenguaje o por los gestos, ¿no es imitarle?

ADMANTO

Sí.

SÓCRATES

Así, pues, en estas ocasiones parece que Homero y los demás poetas se sirven de la imitación en sus relatos.

ADMANTO

Evidentemente.

SÓCRATES

Si el poeta, por el contrario, no se ocultase nunca bajo otro nombre, sus poemas y narraciones no adolecerían de imitación. Mas antes de que me digas que no comprendes cómo puede ser esto, voy a explicártelo. Si Homero, después de haber dicho que Criseo se presentó en el campamento con el rescate de su hija, y después de la súplica a los griegos, sobre todo a los dos reyes, no hubiese hablado como Criseo mismo, sino

siempre bajo el nombre de Homero, el poema no habría sido una imitación sino un simple relato. He aquí la forma que en ese caso le hubiese dado, y me serviré de la prosa porque yo no soy poeta : « Llegado al campamento (1), el sacerdote expresó el voto de que los dioses hiciesen a los griegos dueños de Troya y les concediesen un regreso feliz. Suplicó luego a los griegos, invocando el nombre de Apolo, que le devolviesen su hija y aceptasen su rescate. Los griegos todos sintieron profundo respeto por este anciano, y acogieron sus ruegos. Agamenón se indignó; le ordenó que se retirase y que no volviese, temiendo que el cetro y las pequeñas partidas que al dios acompañaba pudiesen ser para éste un suficiente recurso. Agregó que su hija no le sería entregada, sino luego que hubiese envejecido con él en Argos. En consecuencia, dióle de nuevo orden de retirarse y de no fastidiarle si quería regresar sano y salvo a su casa. Ante estas palabras, el anciano se retiró temblando y en silencio. Una vez lejos del campamento elevó a Apolo una fervorosa oración, invocándole por todos sus nombres, suplicándole y recordándole todo lo que había hecho por agradarle, los templos que había levantado en su honor, las víctimas escogidas inmoladas en su nombre. Le pidió como recompensa que castigase a los griegos, por las lágrimas que éstos le hacían derramar, y que dirigiese sus dardos sobre ellos. » He ahí, querido, un relato simple sin imitación ninguna.

ADIMANTO

Ahora comprendo.

2. — SÓCRATES

También comprenderás que ésta es una especie de

(1) *Ilíada*, I, v. 15.

estilo opuesto a aquél. Porque el poeta suprime todo aquello que introduce por su cuenta en los discursos de sus personajes, dejando solamente el diálogo.

ADMANTO

Ahora comprendo mejor; ese es el estilo propio de la tragedia.

SÓCRATES

Justamente. Ahora creo que comprenderás lo que yo no podía explicarte antes, a saber : que en la poesía, y en toda profesión, hay tres clases de estilo : El uno es enteramente imitativo y pertenece, como tú lo dices, a la tragedia y a la comedia. El otro es el estilo propio del poeta, cuando éste habla en su nombre, y le hallarás empleado más a menudo en los ditirambos. El tercero es una mezcla del uno y del otro ; se le emplea en la epopeya y en muchos otros poemas. ¿Me entiendes ?

ADMANTO

Ahora comprendo lo que querías decir.

SÓCRATES

Recuerda también que antes de esto habíamos dicho que lo que concernía al fondo del discurso estaba ya dicho, y que sólo nos quedaba por examinar su forma.

ADMANTO

Me acuerdo.

SÓCRATES

Quería, pues, decirte que nos era preciso estudiar si habíamos de permitir a los poetas el estilo puramente imitativo, o el estilo simple unas veces e imitativo otras ; qué reglas hubiéramos de establecer para esas dos clases de composición, o si hubiéramos de prohibir toda imitación.

ADIMANTO

Adivino tu pensamiento : lo que quieres examinar es si habíamos de admitir o no en nuestro Estado la tragedia y la comedia.

SÓCRATES

Quizás sea esto así, y algo más todavía, porque sobre el particular no tengo por el momento criterio formado. Pero precisa que continúe hacia donde me lleve la lógica del raciocinio.

ADIMANTO

Muy bien dicho.

SÓCRATES

Examina ahora, mi querido Adimanto, si los gobernantes del Estado deben e no ser hábiles en el arte de imitar. ¿No deduces tú de lo que antes hemos dicho que cada individuo no puede hacer sino una sola cosa bien, y que el hecho de hacer varias cosas a la vez es precisamente el modo de hacerlas mal todas, hasta el punto de no alcanzar nunca la celebridad?

ADIMANTO

¿Y no debe ser así?

SÓCRATES

¿No ocurre lo mismo con respecto a la imitación? El mismo hombre no puede imitar varias cosas con la misma perfección con que imita una sola.

ADIMANTO

No.

SÓCRATES

Y menos aún podría dedicarse a algo serio, imitar varias cosas a la vez y hacerse imitador profesional;

tanto más, cuanto que un hombre no puede perfeccionarse en la imitación de dos cosas muy semejantes la una a la otra, como la tragedia y la comedia. ¿No las llamabas tú hace un momento imitaciones?

ADIMANTO

Sí, y tú tienes razón en decir que uno no puede sobresalir a la vez en la una y en la otra.

SÓCRATES

No se puede ser a la vez rápsoda (1) y actor.

ADIMANTO

Esa es la verdad.

SÓCRATES

La comedia y la tragedia exigen actores diferentes y, sin embargo, todo en ellas es imitación, ¿no es cierto?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

Las facultades humanas, Adimanto, me parecen distribuidas en fracciones todavía más pequeñas, de suerte que les es imposible hacer bien varias cosas o ejecutar seriamente aquellas que reproducen por la imitación.

ADIMANTO

Nada más exacto.

3. — SÓCRATES

Si nos atenemos, pues, al primer reglamento que establece que los guerreros abandonen todas las demás artes, dedicándose por completo y sin reservas

(1) Los rápsodas recitaban de memoria los versos heroicos de Homero o de cualquier otro poeta.

a aquella que defiende la libertad del Estado, y que abandonen todo lo que con esto no tenga relación, preciso será que no hagan ninguna otra cosa ni efectivamente ni por vía de imitación; y en el caso de que imiten algo, será preciso que imiten desde la infancia las cualidades que les conviene adquirir, tales como el valor, la temperancia, la santidad, la grandeza de alma y las demás virtudes; preciso será que no ejecuten ningún acto ruin ni vergonzoso, y que no tengan tampoco el talento de imitar cosas de ese carácter, no vaya a ser que la imitación les induzca a cometerlas en realidad. ¿No has observado tú que la imitación, cuando se ha contraído el hábito desde la juventud, penetra en las costumbres, viene a constituir una segunda naturaleza, y llega a cambiar el aspecto exterior, la modalidad y el carácter?

ADIMANTO

Perfectamente.

SÓCRATES

No permitiremos nosotros que aquellos cuya educación pretendemos dirigir, y a quienes queremos inculcar la virtud del deber, vayan a representar, por imitación, a una mujer, joven o vieja, querellándose con su marido, tratando de igualar a los dioses en su orgullo, en la embriaguez de su dicha, o abandonándose, si fuese desgraciada, a las lamentaciones y a las quejas. Mucho menos habremos de permitirles que representen a una mujer enferma, enamorada, o presa de los dolores del parto.

ADIMANTO

Ciertamente que no.

SÓCRATES

Ni tampoco que se rebajen a desempeñar el papel

de esclavos de uno u otro sexo en tan baja condición.

ADIMANTO

No.

SÓCRATES

Ni que imiten tampoco a aquellos hombres malos y cobardes que hacen lo contrario de lo que hemos dicho, que se riñen entre sí, se insultan, y tienen propósitos vergonzosos, ya sea en estado de embriaguez o de calma; y que no repitan los discursos ni imiten las acciones que hacen culpables a esas gentes con respecto a ellas mismas y para con las demás. Tampoco creo que deban habituarse a parodiar las palabras y las acciones de aquellos que se enfurecen. Es preciso conocer a los furiosos y a los malos, tanto hombres como mujeres; pero no hay que imitarles en lo que hacen.

ADIMANTO

Nada más cierto.

SÓCRATES

¿Y deben imitar, acaso, a los herreros y otros obreros, a los remeros, a los patronos de galera y demás gentes de esa clase?

ADIMANTO

¿Cómo hubieran de imitarles, si no les será permitido siquiera dedicarse a ninguno de esos oficios?

SÓCRATES

¿O habrán de imitar el relincho de los caballos, el mugido de los toros, el murmullo de los ríos, el sibrido del mar, el estruendo del trueno, y otras cosas semejantes?

ADMANTO

¿Mas no se les ha prohibido el dejarse llevar por la cólera e imitar los actos de furia?

SÓCRATES

Si comprendo bien lo que quieres decir, hay una manera de hablar de que se sirve todo hombre verdaderamente honrado cuando tiene alguna cosa que relatar; y hay otra del todo diferente a la cual se aferra, y que emplea siempre, aquel que tiene un carácter y ha recibido una educación contrarios.

ADMANTO

¿Cuáles son estas dos maneras?

SÓCRATES

El hombre honrado, cuando quiera que su discurso le lleve a hacer el relato de lo que ha dicho o ha hecho un hombre de bien, querrá, así lo creo, representarlo en su persona sin avergonzarse de esta imitación, sobre todo cuando aquel que imita exhibe firmeza y sabiduría; y pondrá en la imitación menos cuidado y menos aplicación cuando aquel a quien imita está dominado por la enfermedad, vencido por el amor, es víctima de la embriaguez, o se encuentra en cualquier otro estado enojoso. Mas si se presenta la ocasión de representar a un hombre inferior a él, no querrá nunca imitar de una manera seria al que sea más malo que él, y si lo hace será muy ligeramente, cuando ese individuo haya ejecutado algún acto bueno. Ello, por el contrario, le hará ruborizarse, porque no se ha ejercitado en imitar a esa clase de personas, y le repugnaría tomar por modelos a aquellos que valen menos que él; y como los desprecia, no los imitará nunca, a

no ser que lo haga por modo pasajero y para reír un instante.

ADMANTO

Así debe ser.

4. — SÓCRATES

Su estilo será, pues, semejante al de Homero, de quien hablábamos hace un momento, en parte simple, en parte imitativo, de suerte que la imitación no venga a ser sino una parte secundaria en todo el curso de la composición. ¿Tengo razón?

ADMANTO

Sí, es así como debe hablar un hombre de ese carácter.

SÓCRATES

Para el que tenga un carácter opuesto, cuanto más vicioso sea, mayor será su tendencia a imitarlo todo, como que no considerará que haya nada inferior a él. De esta suerte hará un estudio de imitación seria, y en público, de todo lo que acabamos de enumerar : el trueno, el murmullo de los vientos, el choque del granizo, el rechinamiento de los ejes de los carros y de las ruedas, el sonido de las trompetas, de las flautas, de los caramillos, y en general, de todos los instrumentos; el ladrido de los perros, el mugido de los ganados y el canto de los pájaros. Sus discursos no serán, casi en su totalidad, sino una imitación, tanto en la voz como en los gestos, y en ellos será difícil encontrar algo que tenga el carácter del estilo simple. ¿No es cierto?

ADMANTO

Necesariamente.

SÓCRATES

Tales son las dos clases de estilos a que me refería.

ADIMANTO

Las dos existen, en efecto.

SÓCRATES

La primera, como lo ves, no admite sino muy poca transición (1); y una vez que uno ha hallado la armonía (2) y la cadencia (3) que le convienen, casi no necesita de otra cosa para el bien decir que conservar la misma cadencia y la misma armonía.

ADIMANTO

Ello es tal como tú lo dices.

SÓCRATES

¿No es la segunda todo lo contrario? ¿No necesita ella de todas las armonías y de todas las cadencias para expresarse convenientemente, pues que comprende todas las formas de transición imaginables?

ADIMANTO

Eso es necesariamente así.

SÓCRATES

Todos los poetas, y en general, todos los que recitan alguna cosa, ¿no emplean el uno o el otro de estos estilos, o uno compuesto de los dos?

ADIMANTO

Necesariamente.

SÓCRATES

¿Qué haremos, entonces? ¿Habremos de admitir

(1) El cambio de un género de ritmo por otro género. En música, la palabra tiene una significación análoga a esta de que aquí se trata.

(2) La armonía es la concordancia de los sonidos.

(3) La cadencia o ritmo significa el espacio de los tiempos. En Platón y en Quintiliano, estas dos expresiones se confunden. *Numeros πολυμονες accipi volo, Institutio oratoria, liber IX, caput IV. Ego certe posco hoc mihi, ut, quum pro composito dixerim numerum, et ubicumque jam dixi oratorium dicere intelligar.* Quintiliano *idem*.

estos tres géneros en nuestro Estado? ¿Adoptaremos uno de los dos o su compuesto?

ADIMANTO

Si mi opinión hubiese de prevalecer, nos decidiríamos en favor del género simple que imita al hombre de bien.

SÓCRATES

Sí; pero el recitado que participa de la naturaleza de entrumbos tiene bastante atractivo, mi querido Adimanto, y el estilo contrario al que tú escoges agrada infinitamente a los niños, a los mismos que dirigen a la juventud, y, sobre todo, al pueblo.

ADIMANTO

Convengo en ello.

SÓCRATES

Acaso pudieras alegar, con razón, que este estilo no se acuerda con nuestro plan de Estado, porque no hay entre nosotros hombre que reuna los talentos de dos o más hombres, y que cada cual no ejecutá en él sino una sola cosa.

ADIMANTO

Ese es justamente mi argumento.

SÓCRATES

También es esa la razón de que nuestro Estado sea el único en que el zapatero es simplemente zapatero, sin ser además piloto; en el cual el labrador es labrador, y no juez a la vez; guerrero el guerrero, y no también comerciante, y así de los demás.

ADIMANTO

Es cierto.

SÓCRATES

De suerte que si un hombre que tuviese la habilidad de desempeñar toda clase de funciones y de imitar a todo el mundo, viniese a nuestro Estado con el fin de hacer admirar su persona y sus poesías, nosotros le rendiríamos homenaje como a un ser sagrado, maravilloso y sorprendente; pero le diríamos que no había hombre semejante a él en nuestro Estado, que tampoco podía haberle, y le despediríamos después de haber ungido su cabeza de perfumes, y de haberle adornado con ajorcas. Nos contentaríamos con un poeta y fabulista más austero y menos agradable, pero más útil, que imitara el tono del hombre honrado y siguiese escrupulosamente las fórmulas que nos hemos trazado desde el principio al tratar de formar el plan de educación de nuestros guerreros.

ADIMANTO

Nosotros haríamos lo mismo si la elección estuviese en nuestras manos.

SÓCRATES

Paréceme, querido amigo, que ya hemos estudiado completamente esta parte de la música que se relaciona con los discursos y con las fábulas, pues que ya hemos expuesto cuál ha de ser su fondo y su forma.

ADIMANTO

A mí me parece lo mismo.

III

1. — SÓCRATES

Nos falta hablar de aquella otra parte de la música relativa al canto y a la melodía.

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

Es posible que no veamos, desde luego, las reglas que debamos prescribir para estar de acuerdo con nuestros principios.

GLAUCO (*sonriendo*)

Por lo que a mí respecta, Sócrates, me guardo bien de hacer excepción. No estoy por el momento en situación de conjeturar lo que debamos decir; pero tengo mis dudas al respecto.

SÓCRATES

Es cierto que, a lo menos, si puedes decirnos, desde luego, si la melodía se compone de tres elementos : las palabras, la armonía y la cadencia.

ADIMANTO

¡ Oh ! En cuanto a eso, no hay duda.

SÓCRATES

Por lo que hace a las palabras, cantadas o no, ¿no deben ellas estar siempre compuestas según las leyes que ya hemos prescrito?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Es preciso también que la armonía y la cadencia correspondan a las palabras.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Hemos dicho que era necesario eliminar de los discursos las quejas y las lamentaciones.

GLAUCO

En efecto, ellas están demás.

SÓCRATES

¿Cuáles son, pues, las armonías quejumbrosas? Dímelo tú que eres músico?

GLAUCO

La lidia mixta, la lidia aguda, y algunas otras semejantes.

SÓCRATES

Por consiguiente, es necesario restringirlas, porque son inútiles y poco convenientes a las mujeres de un carácter estimable, y con mayor razón lo son para los hombres.

GLAUCO

Ciertamente.

SÓCRATES

Nada más inconveniente para los que tienen a su cargo la guardia del Estado que la embriaguez, la indolencia y la molicie.

GLAUCO

Ello no admite contradicción.

SÓCRATES

¿Cuáles son, pues, las armonías que incitan la molicie y que se usan en los festines?

GLAUCO

La jonia y la lidia, a las cuales se da el nombre de armonías cobardes.

SÓCRATES

¿Podrías tú, querido amigo, hacerlas útiles para las gentes de guerra?

GLAUCO

De ningún modo; y no te restan ya sino la dórica y la frigia.

SÓCRATES

No conozco todas las clases de armonias; pero déjanos aquella que pudiera imitar convenientemente el tono y los acentos varoniles de un hombre de corazón que, lanzado a la refriega o a cualquiera otra acción violenta, y que precipitado a la desgracia como cuando se ve obligado por la suerte a exponerse a las heridas o a correr a la muerte, o cuando es víctima de algún accidente horrible, soporta en toda circunstancia los golpes de la suerte con valor inquebrantable, y hace frente a todos esos asaltos; déjanos también aquella otra armonía que lo representa en la práctica de sus labores pacíficas, voluntarias y dulces, dirigiéndose a Dios por la plegaria, persuadiendo al hombre con sus lecciones y sus consejos, o mostrándose sensible a los ruegos, a las lecciones y a los consejos de sus semejantes, y logrando alcanzar así, siempre, la realización de sus deseos sin enorgullecerse jamás, moderado y prudente en su conducta, y contento de cuanto pueda acontecerle. Déjanos estas dos clases

de armonía, enérgica la una, tranquila y apacible la otra, y que imitarán perfectamente los acentos del hombre santo y valeroso, tanto en la buena como en la mala fortuna.

GLAUCO

Las armonías que tú me comprometes a dejar, son precisamente las que acabo de nombrar.

SÓCRATES

No tendremos, por tanto, necesidad en nuestros cantos y en nuestra melodía de instrumentos que tengan cuerdas numerosas y que produzcan todas las armonías.

GLAUCO

Evidentemente que no.

SÓCRATES

No tendremos, pues, que alimentar obreros que fabriquen triángulos y todos aquellos instrumentos de cuerdas numerosas y de armonías diversas.

GLAUCO

Es indudable que no.

SÓCRATES

¿Admitirías tú en nuestro Estado a los fabricantes y a los tocadores de flauta? ¿Este instrumento no equivale a aquellos que tienen más cuerdas, y todos aquellos que producen todas las armonías no son, acaso, otra cosa que una imitación de la flauta?

GLAUCO

No son otra cosa.

SÓCRATES

Así, pues, para la ciudad se te dejan la lira y el laúd

como instrumentos útiles, y en los campos los pastores tendrán el caramillo.

ADIMANTO

Es ésta una consecuencia bien sencilla.

SÓCRATES

Por lo demás, mi querido amigo, no hacemos nada nuevo al preferir a Apolo y a sus instrumentos, a Maricias y a los suyos.

ADIMANTO

Tomo a Júpiter por testigo.

SÓCRATES

Por el perro (1) que hemos reformado muy bien, sin percibirnos de ello, ese Estado nuestro que, según decíamos hace un momento, abundaba en delicias.

GLAUCO

Y hemos procedido sabiamente.

2. — SÓCRATES

Terminemos nuestra reforma, y digamos del ritmo (2) lo que hemos dicho de la armonía, es decir, que es preciso evitar en él la variedad y la multiplicidad, buscando solamente aquellos ritmos que conducen a una vida prudente y valerosa. Después de haberlos hallado, ajustaremos el ritmo a la melodía y a las palabras, y no las palabras al número y a la melodía. Empero, cualesquiera que esos ritmos sean, corresponde a ti designarlos, así como fuiste tú el que designó las diferentes armonías.

(1) Era éste el juramento de Radamante quien, para evitar jurar por los dioses, inventaba imprecaciones insignificantes.

(2) Es preciso recordar que ritmo es sinónimo de número.

GLAUCO

En verdad que no puedo complacerte. Te diré, porque he hecho un estudio serio de la cuestión, que hay tres tiempos que forman todos los metros, y cuatro tonos principales, de donde resultan todas las armonías. Pero no sabría decirte qué medidas representa esta o aquella situación de la vida.

SÓCRATES

Examinaremos en seguida, según Damón (1), qué medidas o tiempos expresan la bajeza, la insolencia, la cólera y los demás defectos, así como aquellas que es preciso reservar para la expresión de las virtudes opuestas. Creo haber oido hablar muy confusamente de ciertos metros a que él daba el nombre de enople cuando en su composición entraban varios otros, de dáctilo, de heroico, etc., metros que él arreglaba yo no sé cómo con versos que comenzaban y terminaban con la misma medida, otros compuestos de una breve y una larga, y que según creo llamaba yámbicos, y de no sé cuál otro a que daba el nombre de troqueo. Creo también que en ciertas ocasiones aprobaba o condenaba, tanto las inflexiones de cada verso como los ritmos mismos, o no sé qué que resulta de lo uno y de lo otro, porque yo mismo no sé lo que es (2); pero, como he dicho, aceptemos sobre este punto lo que nos dice Damón. De lo contrario esta discusión demandaría mucho tiempo; ¿no es cierto?

(1) Célebre músico que fué el maestro de Pericles.

(2) Todo este pasaje es un tanto obscuro, porque Sócrates no habla sino a medias palabras como hombre que afecta no estar suficientemente instruido en el asunto de que se trata. Apenas se da uno cuenta de que se trata de diferentes combinaciones de silabas largas y silabas breves para formar los versos, las medidas de éstos, los ritmos y los números o las cadencias.

GLAUCO

Ciertamente.

SÓCRATES

Al menos podrás decirme que lo que agrada al oído se encuentra en la belleza del ritmo, y que lo que no es grato al oído se halla en donde no está la belleza del ritmo.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Pero la belleza del ritmo y de la armonía sigue, imitándola, la belleza de las palabras, del propio modo que las palabras sin belleza siguen un ritmo y una armonía análogos; porque hemos dicho que el ritmo y la armonía son hechos para las palabras, y no éstas para aquéllos.

GLAUCO

Unos y otras deben ajustarse al discurso.

SÓCRATES

Mas ¿cuál es la manera de decir y qué es el discurso mismo? ¿No son ellos el reflejo del carácter del alma?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Y todo lo demás, ¿no está vinculado a la dicción?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Tenemos, pues, que la belleza de las palabras, la armonía, la gracia y el ritmo son la expresión de la bondad del alma, y no entiendo por esto la bondad

simple y sencilla, sino aquella que sabe unir en realidad la bondad a la belleza.

GLAUCO

Te explicas maravillosamente.

SÓCRATES

Si nuestros jóvenes guerreros quieren cumplir bien su deber, ¿no crees tú que deben buscar en todas las ocasiones estas felices cualidades?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Tal es también el objetivo de la pintura y de todas las bellas artes, del arte del tejido, del bordado, de la arquitectura, de todas las demás artes, y de la naturaleza misma en la producción de los cuerpos y de las plantas. La gracia o la falta de gracia se encuentra en todas sus obras; y como la falta de gracia, de ritmo y de armonía, es la señal natural de un mal espíritu y de un mal corazón, así también las cualidades opuestas son la expresión y la imagen fieles de la sabiduría y de la bondad del alma.

GLAUCO

Precisamente.

3. — SÓCRATES

¿Bastará vigilar a los poetas y obligarles a brindarnos en sus versos un modelo de buenas costumbres, y de lo contrario a que renuncien a la poesía entre nosotros? ¿No será también preciso vigilar a los demás artistas e impedirles que nos presenten en la pintura de seres vivos, en las obras de arquitectura, o de cualquiera otro género, imitaciones viciosas, sin corrección?

ción, sin nobleza y sin gracia, y prohibir a todo artista incapaz de conformarse con esta regla el ejercicio de su arte, por temor a que aquellos que tienen a su cargo la dirección del Estado — educados en medio de estas imágenes detestables — encuentren en ellas su entretenimiento y, por decirlo así, su alimento espiritual, y acaben por adquirir poco a poco algún vicio en el alma, sin que de ello se den cuanto? Por el contrario, ¿no debiéramos buscar artistas hábiles, capaces de seguir las huellas de lo gracioso y de lo bello, a fin de que nuestros jóvenes, educados en medio de obras bellas, en un ambiente puro y sano, impelido por las brisas de una comarca feliz, reciban impresiones saludables por la vista y el oído que desde la infancia les inclinen, insensiblemente, a imitar y a amar lo que es razonable y bello, y a establecer entre esto y ellos mismos un perfecto acuerdo?

GLAUCO

Una educación así sería excelente.

SÓCRATES

— ¿No es ésta también la razón, mi querido Glauco, de que la música (1) sea la parte principal de la educación, porque el ritmo y la armonía tienen en grado supremo el poder de penetrar en el alma apoderándose de ella e imprimiéndole la gracia y la belleza, siempre que esta parte de la educación se dé como conviene, en tanto que ocurre lo contrario cuando se la descuida? — ¿No es ésta también la razón por la cual un joven que recibe una educación musical conveniente, aprecia con la mayor precisión lo que hay de imperfecto y de defectuoso en las obras de la naturaleza y

(1) Como en el segundo libro, la palabra música significa la reunión de todas las ciencias que forman y educan el espíritu.

del arte, y que debido a un sentimiento que él mismo no puede dominar, elogia y anota con entusiasmo lo que hay de bello en esas obras, dándole asilo en su alma y nutriéndose, por decirlo así, de la belleza y del bien. Al paso que, de otro lado, sentirá un desprecio y una aversión legítimas por todo aquello en que observe la fealdad; y esto le ocurrirá desde la edad más tierna, antes de poderse dar cuenta de ello, porque la razón se lo indique; y tan pronto como esto suceda; ¿no será por una relación íntima y familiar que la educación que ha recibido establecerá entre él y la razón?

GLAUCO

Tales son las ventajas que uno espera derivar de la educación por medio de la música.

SÓCRATES

Del propio modo que al aprender a leer no pudimos estar suficientemente instruidos sino luego que estuvimos en capacidad de reconocer el pequeño número de caracteres elementales en todas sus combinaciones, en todas las frases grandes y pequeñas, sin desdeñar ninguna, grande o pequeña, y luego que pudimos distinguirlos perfectamente en todas las palabras, convencidos de que no había otro medio de llegar a conocer la gramática.

GLAUCO

Esa es la verdad.

SÓCRATES

Del propio modo que si no conociésemos las letras en sí mismas, jamás podríamos reconocer la imagen reflejada en las aguas o en los espejos, porque todo eso es el objetivo del mismo arte y del mismo estudio.

GLAUCO

Ello no admite contradicción.

SÓCRATES

Así pues, no podría yo decir que no llegaríamos a ser jamás músicos, ni nosotros mismos ni los guardianes del Estado que nos hemos impuesto el deber de formar, si en presencia de la temperancia, de la fuerza, de la generosidad, de la grandeza de alma, y demás virtudes que con ellas se hermanan, y ante los vicios contrarios esparcidos por doquiera, ¿no podría decir, repito, que fuésemos capaces de reconocer a cada uno de ellos, ni de distinguir quienes los poseen, ni de diferenciarlos individualmente, pero ni siquiera reconocerlos en sus imágenes sin desdeñar ninguno, grande o pequeño, convencidos de que ellos son objeto del mismo arte y del mismo estudio?

GLAUCO

Es imposible decir otra cosa.

SÓCRATES

Y el más bello de los espectáculos, para cualquiera que lo contemplase, ¿no sería el de un cuerpo y un alma igualmente bellos, dotados de cualidades iguales que se complementaran uno y otra en una perfecta armonía?

GLAUCO

Ciertamente.

SÓCRATES

Pero lo que es muy bello es también muy digno de ser amado.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Por tanto, el músico (1) sentirá un amor muy vivo por los hombres en que encuentre ese bello acuerdo; y no amará a aquellos en quienes observe alguna cosa discordante.

GLAUCO

Convengo en ello si es el alma la que tiene algún defecto, pero si el defecto no existe sino en el cuerpo, no por ello dejará el músico de sentir ese amor.

SÓCRATES

Veo que tú amas o que has amado a alguien en esas condiciones, y te lo perdono; pero dime, la temperancia y el placer excesivos ¿pueden encontrarse en alguna parte?

GLAUCO

¿Cómo podría ocurrir tal cosa desde el momento en que el placer excesivo no atormenta menos el alma que el exceso del dolor?

SÓCRATES

¿Se la encuentra al menos unida a las otras virtudes?

GLAUCO

No mucho.

SÓCRATES

¿No estará más acorde con la temperancia y la licencia?

GLAUCO

Mucho más que con cualquier otra cosa.

(1) El verdadero filósofo que conoce lo que es bello y lo que es honrado.

SÓCRATES

¿Conoces tú un placer mayor y más vivo que el del amor sensual?

GLAUCO

No, ni siquiera conozco ningún otro más apasionado.

SÓCRATES

Por el contrario, el amor que se rige por la razón es un amor prudente que sigue las reglas de lo bello y de lo honesto.

GLAUCO

Ciertamente.

SÓCRATES

¡Es preciso, pues, impedir que a este amor razonable se mezcle cosa alguna de carácter licencioso o apasionado!

GLAUCO

Evidentemente.

SÓCRATES

Por consiguiente, la voluptuosidad debe ser ajena a ese amor; tanto el amante como el objeto amado deben eliminarla en sus relaciones.

GLAUCO

Sí, Sócrates, es necesario alejarla por completo.

SÓCRATES

De suerte que en el Estado cuyos lineamientos trazamos, tú ordenarías por medio de una ley expresa que las manifestaciones de ternura, de adhesión, de cariño, que el amante haga al objeto amado — si es que logra persuadirlo, — sean del mismo carácter que las que da un padre a su hijo con un fin honesto, y que en las relaciones que tenga con aquel que sea objeto

de sus cuidados, no le deje nunca suponer que su propósito va más lejos, si es que no quiere incurrir en que se le reproche como hombre sin educación que carece del sentimiento de lo bello.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿Te parece a ti, como a mí, que nuestra investigación sobre la música haya terminado? Si no ha terminado sí debiera concluir, porque toda discusión sobre la música debe tener por objeto el amor a lo bello.

GLAUCO

Comparto tu opinión.

IV

1. — SÓCRATES

Después de la música viene la gimnástica, como medio necesario para educar a la gente joven.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Es necesario ocuparse de ella seriamente desde la infancia y durante toda la vida. Oye lo que pienso sobre el particular, y dime si ésta es también tu opinión. En mi concepto, no es el cuerpo, por bien constituido que esté, el que domina por su virtud al alma buena; por el contrario, creo que el alma, cuando ella es buena, imprime al cuerpo por su propia virtud toda la perfección de que es capaz; ¿qué opinas tú?

GLAUCO

Soy de tu opinión.

SÓCRATES

Tenemos, pues, que después de haber cultivado el alma con todo el esmero necesario, la dejamos la vigilancia y la dirección de cuanto al cuerpo atañe, limitándonos a presentar el modelo que debe guiarla sin perdernos en largas divagaciones. ¿No te parece que ese sería el mejor procedimiento?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Ya hemos prohibido la embriaguez a nuestros guerreros, porque conviene a un defensor del Estado, menos que a ninguna otra persona, el embriagarse y no darse cuenta exacta de sus actos.

GLAUCO

Sería ridículo, en efecto, que el defensor del Estado tuviese necesidad de quien le defendiese a su vez.

SÓCRATES

¿Cómo habremos de reglamentar la cuestión de la alimentación? ¿No son los guerreros, acaso, atletas destinados a librarse los más grandes combates?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿Les convendría el régimen de los atletas ordinarios?

GLAUCO

Quizás.

SÓCRATES

Ese régimen hace depender mucho del sueño, y somete la salud a muchos accidentes. ¿No ves tú que las gentes que siguen ese oficio pasan su vida durmiendo, y que por poco que se propasen del régimen que se les ha prescrito, se exponen a graves y peligrosas enfermedades?

GLAUCO

Así lo veo.

SÓCRATES

En el caso de los atletas guerreros, quienes deben estar siempre alerta como los perros, tener mirada penetrante y oído fino, cambiar frecuentemente de alimentación y de bebida durante la guerra, exponerse a los rigores del frío y del calor, y tener una salud a prueba de todas las fatigas, es preciso dictar un régimen menos escrupuloso.

GLAUCO

Pienso como tú.

SÓCRATES

El mejor régimen gimnástico, ¿no es hermano de aquella música sensual de que hablábamos hace un instante?

GLAUCO

¿Qué quieres decir?

SÓCRATES

Entiendo por ello una gimnástica simple, moderada, tal y como debe ser, sobre todo para los guerreros.

GLAUCO

¿Y en qué consiste esa gimnástica?

SÓCRATES

Podemos aprenderla en Homero. Tú sabes que en la guerra no se servía nunca pescado en las comidas de los héroes, aunque éstos se encontraban a las orillas del mar, cerca del Helesponto, ni tampoco carnes hervidas, sino asadas, lo que era más cómodo para las gentes de guerra, para quienes siempre es más fácil servirse simplemente del fuego que llevar con ellas utensilios de cocina.

GLAUCO

Convengo en ello.

SÓCRATES

Tampoco creo que Homero hable nunca de guisados; ¿no saben, acaso, los atletas ordinarios que es preciso abstenerse de ellos si se quiere tener buena salud?

GLAUCO

Lo saben muy bien y se abstienen de ellos.

SÓCRATES

Si este género de vida te place, no le darás tu aprobación a los festines de Siracusa ni a aquella variedad de manjares que la moda ha establecido en Sicilia.

GLAUCO

No.

SÓCRATES

Ni creerás tampoco que una joven corintia agrade tampoco a hombres que desean gozar de una salud robusta.

GLAUCO

En verdad que no.

SÓCRATES

¿No rechazas también la delicadeza tan renombrada de la pastelería ática?

GLAUCO

Necesariamente.

SÓCRATES

En general, podría decirse que esta multiplicidad y esta delicadeza de manjares son a la gimnástica lo que la melodía y el canto, en que entran todos los cantos y todos los ritmos, son a la música.

GLAUCO

Esa comparación es justa.

SÓCRATES

En este último caso, la variedad produce el desorden; en el otro engendra la enfermedad. En la música, lo sensual imprime salud al alma; en la gimnástica torna los cuerpos sanos.

GLAUCO

Nada más cierto.

SÓCRATES

Pero cuando la licencia y las enfermedades se multiplican en un Estado, ¿no sucede que los tribunales y los hospicios se multiplican? ¿No ocurre que la chicanería y la justicia comparten los honores, y que multitud de ciudadanos bien nacidos siguen estas dos profesiones?

GLAUCO

¿Acaso podría ser de otro modo?

2. — SÓCRATES

¿Puede concebirse un signo más seguro de una mala

y vergonzosa educación en un Estado que la carencia de médicos y de jueces hábiles, no solamente para el pueblo bajo y para los artesanos, sino también para aquellos que se jactan de haber recibido una educación liberal? ¿No es vergonzoso, y prueba evidente de una educación defectuosa, el verse forzado a recurrir a una justicia extraña y a buscar maestros y jueces entre los extranjeros por carecer de maestros y de jueces propios?

GLAUCO

Nada puede ser más vergonzoso.

SÓCRATES

¿No es, en tu opinión, más vergonzoso todavía, no sólo pasarse la vida ante los tribunales, sino abrigar sentimientos lo suficientemente bajos para gloriarse de saber ser injustos y de poder evitar, mediante todas las argucias, las simulaciones y los subterfugios posibles, el castigo merecido; y todo ello por servir a intereses viles y despreciables, y por ignorar que es mucho más bello y mucho más ventajoso reglamentar uno su vida de manera de no tener necesidad de un juez que duerme sin cesar?

GLAUCO

Sí, eso es todavía más vergonzoso.

SÓCRATES

De otro lado, ¿no es, en tu opinión, más vergonzoso todavía el tener que recurrir al médico, no ya por causa de heridas o por alguna de aquellas enfermedades ocasionadas por las estaciones, sino que a consecuencia de esta vida muelle que ya dejamos descrita, el cuerpo se haya infectado de humores y de vapores malsanos, y poner a los dignos discípulos de Escu-

ladio en la necesidad de inventar los nombres de fluxiones y de catarros para esas enfermedades?

GLAUCO

En efecto, esos nombres de enfermedades son muy nuevos y muy extraordinarios.

SÓCRATES

No creo que existiesen en tiempo de Esculapio. Lo que me lo hace creer así es que sus dos hijos (1), durante el sitio de Troya, no culparon a la mujer que, por curar la herida de Eurípilo, le había hecho tomar en vino de Pramne la harina y el queso rallado que ella le había mezclado, cosas todas propias para desarrollar la gastritis, y no improbaron tampoco el modo de curar Patroclo las heridas (2).

GLAUCO

Y, sin embargo, es muy extraño hacer beber semejante brebaje a un hombre en esas condiciones.

SÓCRATES

No lo es si piensas que antes de Heródico, los discípulos de Esculapio no se servían del método actual de conducir de la mano, por decirlo así, las enfermedades. Heródico había sido maestro de gimnasia, y encontrándose ya valetudinario, hizo una mezcla de la medicina y de la gimnástica que le atormentó a él mismo en primer término, y a muchos otros después de él.

GLAUCO

¿Cómo así?

(1) Macaón y Podaliro : *Hélada*, II, v. 720.

(2) Platón cita de memoria y confunde dos pasajes muy distintos de la *Hélada*. Es el uno el XI, v. 623, y el otro el XI, v. 829.

SÓCRATES

Procurándose una muerte lenta. Como su enfermedad era mortal, él la seguía paso a paso sin poderla curar; lo descuidaba todo por atenderla, y por poco que se separase de su régimen estaba siempre devorado de inquietudes. A fuerza de industria logró llegar a la vejez arrastrando una vida desfalleciente.

GLAUCO

He ahí que su arte le prestó un bello servicio.

SÓCRATES

Y bien merecido, por no haber sabido que no fué por ignorancia o por inexperiencia en este género de medicina que Esculapio no lo transmitió a sus descendientes, sino porque él sabía que en todo Estado bien administrado cada ciudadano tiene una función que llenar, y que nadie dispone de tiempo para pasarse la vida atendiendo a las enfermedades y a los remedios. Nosotros percibimos el ridículo de este abuso entre los artesanos, mas no nos damos cuenta de él entre los ricos y entre los que se supone que son felices.

GLAUCO

¿Cómo así?

3. — SÓCRATES

Un carpintero enfermo pide al médico un vomitivo, una purga, o cualquiera otra medicación para librarse del mal; pero si el médico le prescribe un régimen tardío con compresas alrededor de la cabeza y todo lo que eso implica, en breve le observará que no tiene tiempo para estar enfermo y que su vida tiene otros objetos para ocuparse exclusivamente de su enfermedad y abandonar el trabajo que tiene entre manos. En seguida despide al médico, reasume su vida ordinaria

y recupera la salud con el ejercicio de su profesión; y si su cuerpo no es suficientemente fuerte para sobrellevar la enfermedad, la muerte le resuelve el problema.

GLAUCO

He ahí la medicina que a ese hombre conviene.

SÓCRATES

¿Obedece esto a que teniendo él un oficio, la vida ya no tiene objeto para él si no puede ejercerlo?

GLAUCO

Evidentemente.

SÓCRATES

Pero se dice que el rico no tiene trabajo ninguno que le sea esencial, cuya privación forzosa le impida seguir viviendo.

GLAUCO

Así se dice, en efecto.

SÓCRATES

¿No recuerdas tú lo que dice Fóclides (1) de que es preciso cultivar la virtud cuando uno tiene de qué vivir? (2).

GLAUCO

Pienso que ello es preciso aun desde antes de tener con qué vivir.

SÓCRATES

No discutamos a Fóclides la verdad de esta máxima, y examinemos por nosotros mismos si debe el

(1) Poeta que vivió en Mileto hacia fines del siglo sexto antes de nuestra era. Compuso poemas heroicos y elegías de las cuales no existen sino 217 versos considerados como apócrifos.

(2) Véase este pasaje en la colección de Galsford, t. I, pág. 444, fragmento VIII.

rico practicar la virtud o si le es imposible vivir cuando no la practica, o si la manía de cuidarse en casa las enfermedades, manía que impide al carpintero y a los demás artesanos atender su oficio por los cuidados que ellas demandan, no impide también al rico cumplir con el precepto de Fóclides.

GLAUCO

Sí que lo impide, por Júpiter. Nada opone mayores obstáculos a ello que este cuidado inmoderado del cuerpo que sobrepasa las reglas de la gimnástica; porque ese cuidado es fastidioso para los asuntos domésticos, para las expediciones militares y para el buen desempeño de los empleos civiles.

SÓCRATES

Pero lo que es todavía más fastidioso es que es incompatible con el estudio de toda ciencia, con toda reflexión y con todo ejercicio del pensamiento. Experimenta sin cesar dolores de cabeza y desvanecimientos, de los cuales se culpa generalmente a la filosofía, de suerte que dondequiera que esos cuidados se ponen en práctica impiden que la virtud se ejerza y se distinga, porque hacen creer que uno está siempre enfermo y que sin cesar se procura alguna nueva enfermedad.

GLAUCO

Así debe ser.

SÓCRATES

Digamos, pues, que tales fueron las razones que determinaron a Esculapio a no prescribir tratamientos sino para aquellos que, teniendo una buena constitución y llevando una vida frugal, son sorprendidos por alguna enfermedad pasajera, y a quienes les curó

por medio de pociones y de incisiones sin permitirles alterar en nada el tren de su vida ordinaria a fin de no perjudicar al Estado. Digamos que, con respecto a los cuerpos de constitución poco sana, no quiso prolongarles la vida y los sufrimientos mediante inyecciones y drogas confeccionadas al efecto, ni ponerles en situación de engendrar otros seres que probablemente se les asemejarían; y que su creencia fué la de que no era preciso tratar a aquellos que no podían vivir el tiempo señalado por la naturaleza, porque dicho tratamiento no era ventajoso para ellos ni para el Estado.

GLAUCO

Tú conviertes a Esculapio en político.

SÓCRATES

Es evidente que lo era, y sus hijos darían la prueba de ello si fuese necesario. ¿No ves tú que mientras combatían con tanta intrepidez en el sitio de Troya ejercían la medicina en el sentido que acabo de exponer? ¿No recuerdas tú que cuando Menelao fué herido por Píndaro con una flecha, se contentaron ellos con chupar la sangre de la herida y aplicar en ella remedios saludables, sin prescribirle lo que debiera comer o beber como lo habían hecho con Eurípilo? (1) Sabian que los remedios simples bastaban para curar a los guerreros que antes de recibir sus heridas llevaban una vida sobria y tenían un temperamento sano, si en el momento mismo hubiesen tomado el brebaje o la preparación de que hemos hablado (2). En cuanto a aquellos que eran víctimas de las enfermedades y de la intemperancia, los hijos de Esculapio no creían que

(1) *Iliada*, IV, v. 218.

(2) *Id.*, XI, v. 623 y 829.

prolongarles la vida conviniese al interés público, ni tampoco que la medicina hubiese sido creada para ellos, ni que fuese un deber cuidarles, aunque fuesen más ricos que Midas (1).

GLAUCO

Dices cosas maravillosas de los hijos de Esculapio.

4. — SÓCRATES

No digo sobre el particular nada que no sea propio. Sin embargo, los poetas trágicos y Píndaro (2) no son de nuestra opinión. Dicen ellos de Esculapio que era hijo de Apolo, y al mismo tiempo declaran que se vendió por dinero para curar a un hombre rico atacado de una enfermedad mortal; y que tal fué la razón por la cual le hirió el rayo. Por lo que a nosotros respecta, siguiendo lo que antes hemos dicho, no daremos mayor fe a las dos partes de aquella historia : porque si Esculapio era hijo de un dios, no podía desear una ganancia sórdida, y si tal era su deseo, no podía ser hijo de un dios.

GLAUCO

Tienes completa razón sobre este punto, Sócrates. Pero, ¿qué tienes que decir sobre este otro? ¿No es indispensable que el Estado posea buenos médicos? Por otra parte, ¿no son los buenos médicos los que han tratado el mayor número de temperamentos buenos y malos? Y del propio modo, ¿no son los buenos jueces aquellos que han tenido que habérselas con toda clase de caracteres.

SÓCRATES

Sin duda considero como buenos a los unos y a los

(1) Esta es una alusión a un verso de Tirteo, *Elegia III*, v. 6.

(2) Véase Píndaro, *Pyth.* III, v. 96, edición de Heyne.

otros; ¿pero sabes tú lo que yo entiendo por eso?

GLAUCO

Lo sabré si me lo dices.

SÓCRATES

Voy a tratar de hacerlo; pero tú has incluido en la misma cuestión dos cosas bien distintas.

GLAUCO

¿Cómo así?

SÓCRATES

Creo que el médico más hábil sería aquel que después de haber estudiado desde su juventud los principios de su arte, hubiese tratado el mayor número de cuerpos así como los más mal constituidos, y que él mismo hubiese sido víctima de toda clase de enfermedades; porque, en mi concepto, los médicos no curan los cuerpos por medio de los cuerpos — de otro modo no sería posible que estuviesen o que hubiesen estado ellos mismos enfermos, — sino que curan los cuerpos por medio del alma, y el alma que está o ha estado enferma ella misma, no es apta para curar mal ninguno cualquiera que sea.

GLAUCO

Esa observación es justa.

SÓCRATES

Pero el juez, querido amigo, domina por medio de su espíritu el de los demás, y no conviene que su alma se haya puesto en contacto con las almas malas; que las haya frecuentado y que haya recorrido la serie de todos los crímenes a fin de que su propia injusticia lo ponga en capacidad de reconocer prontamente las injusticias de los otros, así como las enfermedades del

médico le sirven de base para diagnosticar las de los demás. Por el contrario, es preciso que su alma sea pura desde la infancia, y que esté exenta de vicios, a fin de que su belleza y su bondad la permitan distinguir la justicia y la injusticia de una manera sana. Es por esto por lo que las gentes de bien son sencillas y están expuestas a ser engañadas por los malos en su juventud, pues no experimentan ellas mismas nada de lo que pasa en el corazón de los perversos.

GLAUCO

Verdad es que son engañadas con frecuencia.

SÓCRATES

De aquí que un hombre joven no sepa ser buen juez. Precisa que la edad le haya madurado, que haya aprendido tarde lo que es la injusticia; que la haya estudiado mucho tiempo, no en sí mismo sino en los otros, y que haya aprendido a distinguirla de la justicia, más que por el saber por su propia experiencia.

GLAUCO

Evidentemente. Tal es la pintura del verdadero juez.

SÓCRATES

Y por otra parte, un juez así sería un juez tan bueno como tú lo quisieras; porque aquel que tiene buen alma es hombre bueno. Por el contrario, aquel que tiene habilidad para sospechar el mal, que ha cometido injusticias a menudo y que es poseedor de una capacidad y de una prudencia consumadas, parece tener un tacto maravilloso cuando se encuentra entre sus semejantes, porque su propia conciencia le dice que se mantenga en guardia contra ellos; pero cuando se encuentra entre hombres de bien, de edad avanzada,

su incapacidad resalta por razón de sus desconfianzas injustificadas; se ve entonces que no tiene un conocimiento preciso de los diferentes caracteres de la honestad, porque no tiene, en él mismo, modelo que le guíe; pero como frecuenta más a los malos que a los buenos, se cree más apto que ignorante y pasa por tal ante los ojos de los demás.

GLAUCO

Nada más exacto.

5. — SÓCRATES

No es, pues, en un hombre de esta clase en donde hay que buscar al juez hábil y bueno, sino en aquel otro que antes describí. Porque la perversidad no sabría a la vez conocerse a sí misma y conocer la virtud; al paso que la virtud, en su evolución natural, si podrá con el tiempo conocerse a sí misma y conocer el vicio. Paréceme, pues, que el hombre virtuoso es más apto que el malo para llegar a ser hábil.

GLAUCO

Lo mismo me parece a mí.

SÓCRATES

Así pues, tú establecerás en el Estado una disciplina y una jurisprudencia, como las entendemos nosotros, que se limiten a impartir sus cuidados a aquellos ciudadanos que tengan bien constituidos el cuerpo y el alma. Y en cuanto a aquellos que no tengan el cuerpo sano, se les dejará morir, y a los que tengan el alma incorregible y perversa, se les dará la muerte.

GLAUCO

Evidentemente eso es lo mejor para el Estado y para los que sufren.

SÓCRATES

Es evidente que los jóvenes guerreros, educados en los principios de esta música simple que hace nacer la temperancia en el alma, se conducirán de tal modo que no hayan de recurrir a la jurisprudencia.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

¿No es cierto que siguiendo las mismas reglas, el músico que se dedique a la gimnástica llegará a passarse sin la medicina, excepto en los casos de absoluta necesidad?

GLAUCO

Así me lo parece.

SÓCRATES

En los ejercicios gimnásticos y en las fatigas que se imponga tendrá en mira el desarrollo de su fuerza moral, y estimular, más bien que aumentar, su fuerza física. Lejos de imitar a los atletas, no seguirá un régimen ni hará ejercicios penosos con la mira de hacerse más fuerte.

GLAUCO

Muy bien.

SÓCRATES

¿Crees tú, mi querido Glauco, como lo imaginan ciertas gentes, que la música y la gimnasia han sido establecidas para formar la una el alma y la otra el cuerpo?

GLAUCO

¿Por qué me haces esta pregunta?

SÓCRATES

Porque me parece que tanto la una como la otra

han sido establecidas, principalmente, para la formación del alma.

GLAUCO

¿Cómo así?

SÓCRATES

¿No observas tú la disposición del carácter de aquellos que durante toda su vida se han dedicado únicamente a la gimnástica, sin preocuparse de la música, y el carácter de aquellos que han hecho lo contrario?

GLAUCO

¿Qué quieres decir con esto, Sócrates?

SÓCRATES

Me refiero a la inflexibilidad y a la aspereza en oposición a la dulzura y a la indolencia.

GLAUCO

He observado que aquellos que se dedican exclusivamente a la gimnástica adquieren excesiva rudeza, y que los que cultivan exclusivamente la música adquieren un temperamento indolente que no les hace honor.

SÓCRATES

Sin embargo, esa aspereza es signo de un temperamento ardiente, y bien dirigida producirá el valor; mas si ella es llevada demasiado lejos, degenerará en brusquedad y en violencia, según el curso natural de las cosas.

GLAUCO

Así lo creo.

SÓCRATES

¿Y no es la dulzura el signo de un temperamento filosófico? Si se la lleva demasiado lejos torna ese tem-

peramento más indolente de lo necesario; pero si se le dirige bien, le imprime la suavidad y la dignidad.

GLAUCO

Es verdad.

SÓCRATES

Nosotros, por otra parte, queremos que nuestros guerreros reúnan esas dos cualidades.

GLAUCO

Es preciso.

SÓCRATES

Es, pues, preciso encontrar el medio de poner en armonía la una con la otra.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Esa armonía hace el alma valerosa y moderada a la vez.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

El desacuerdo entre las dos la torna cobarde y cruel.

GLAUCO

Ciertamente.

6. — SÓCRATES

Tenemos, pues, que si un hombre permite que la música penetre dulcemente en su alma por el canal del oído y lleve a ella esas armonías dulces, indolentes y tiernas de que acabamos de hablar, y que si se pasa toda su vida cantando con voz melodiosa y deleitándose en la belleza de los aires musicales, no hace otra cosa que adormecer la energía de su valor natural, así

como el fuego ablanda el hierro, y como éste perderá esa dureza que antes le hiciera inútil e inflexible; pero si en lugar de detenerse, mantiene su alma bajo el encanto, entonces su valor no tardará en disolverse y en fundirse hasta que desaparezca por completo, y su alma enervada no deja de él sino un guerrero sin vida después de haber relajado todos sus resortes (1).

GLAUCO

Estoy perfectamente de acuerdo contigo.

SÓCRATES

Ese efecto no tardará en producirse si el hombre de que se trata tiene un temperamento poco valeroso. Si es naturalmente valeroso, su valor se debilitará pronto y se tornará irascible. La menor cosa le irritará, le calmará, y en vez de ser valiente será impulsivo, impetuoso, y le dominará el mal humor.

GLAUCO

Eso es perfectamente cierto.

SÓCRATES

Pero si ese mismo hombre se dedica por completo a la gimnástica, se alimenta bien, abandona por completo la música y la filosofía, ¿no vuelve a sentir las fuerzas que le llenan de valor y de energía, y no se torna más intrépido que antes?

GLAUCO

Ciertamente.

SÓCRATES

Pero si no hace más que esto, si no comulga nunca con la musa de la filosofía, en vano sentirá su alma el

(1) *Ilíada*, XXII, v. 583.

deseo de instruirse. Desde el momento que ella no tenga afición por la ciencia, por el estudio, por la conversación, ni por nada que tenga nada que ver con la música, ¿no se torna débil, sorda y ciega por falta de ejercicio y de cultura y porque sus facultades languidecen en un estado permanente de inacción?

GLAUCO

Así es.

SÓCRATES

Entonces tendremos que ese hombre se habrá convertido en enemigo de los discursos y de las musas. No se servirá de la vía de la persuasión para obtener sus fines sino que, como una bestia feroz, apelará siempre a la fuerza y a la violencia. Llevará una vida ignorante y ruda, falta de gracia y de armonía.

GLAUCO

Esa es la verdad pura.

SÓCRATES

El alma tiene dos virtudes: el valor y la prudencia; y fuera del alma hay otras dos cosas: la música y la gimnástica. Dijérase que un dios hubiera dado estas dos artes al hombre, no para que éste formase el alma y el cuerpo, porque el cuerpo no saca ningún provecho de su unión con el alma, excepto de una manera accesoria, sino para que las pusiera en armonía la una con la otra, templando y aflojando los resortes de una manera adecuada y de acuerdo con una medida justa.

GLAUCO

Parécmeme que ello es así.

SÓCRATES

Es, pues, perfectamente justo decir que aquel que

sepa mezclar la gimnástica a la música de la manera más hábil, y aplicarlas al alma en mayor medida, será un excelente músico, un excelente armonista, y lo será mucho más que aquel que afiná las cuerdas de un instrumento.

GLAUCO

Sin duda, Sócrates.

SÓCRATES

El Estado, mi querido Glauco, tendrá siempre necesidad de un jefe de ese carácter, si es que quiere subsistir. ¿No es cierto?

GLAUCO

Siempre tendrá necesidad de un jefe así.

V

1. — SÓCRATES

Tal es nuestro plan general de educación y disciplina. ¿Para qué detenernos a considerar aquí los cuerpos de baile, las diferentes especies de caza, los combates gimnásticos y las luchas épicas? Es evidente que las luchas que sobre el particular han de preservarse, deben conformarse a los principios que hemos establecido y que dichas reglas no serán difíciles de encontrar.

GLAUCO

No creo que ello sea difícil.

SÓCRATES

Sea. ¿Qué nos falta por reglamentar ahora? ¿No será,

acaso, la selección de aquellos que deben mandar o que deben obedecer?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿No es evidente que los viejos deben mandar y los jóvenes obedecer?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

¿Y que entre los viejos, es preciso escoger a los mejores?

GLAUCO

También es eso cierto.

SÓCRATES

¿Cuáles son los mejores labradores? ¿No serán, sin duda, aquellos que mejor entiendan la agricultura?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Ahora bien, puesto que entre los que tienen a su cargo la dirección del Estado, debe haber algunos excelentes, ¿no serán éstos los más capaces de dirigirlo bien?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿No será necesario para esto que a la prudencia y a la energía unan su devoción por el Estado?

GLAUCO

Ciertamente.

SÓCRATES

Pero, para dedicarse al Estado, es necesario amarle.

GLAUCO

Necesariamente.

SÓCRATES

Ahora bien : los hombres amamos lo que nos parece tener comunidad de intereses con nosotros, aquello en que el éxito o el insuceso del Estado están íntimamente ligados a los nuestros.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Escojamos, entonces, entre aquellos que tienen a su cargo la dirección del Estado, los que hayamos visto hacer, con mayor decisión, durante toda su vida, lo que han creido útil al Estado, sin que jamás hayan deseado hacer lo contrario.

GLAUCO

He ahí los hombres que convienen.

SÓCRATES

Soy de opinión de que es preciso observarles en las diferentes edades a fin de ver si han sido constantemente fieles a esta máxima, y si la seducción o la presión no les han hecho abandonar ni olvidar jamás el pensamiento de que deben hacer lo que más convenga al Estado.

GLAUCO

Mas, ¿qué entiendes tú por el abandono de ese pensamiento?

2. — SÓCRATES

Voy a explicártelo. En mi concepto, una opinión

que emitamos sale de nuestro espíritu de grado o por fuerza. Renunciamos voluntariamente a la opinión falsa cuando se nos desengaña, y abandonamos a pesar nuestro toda opinión verdadera.

GLAUCO

Entiendo cómo sale la una por nuestro querer, pero me falta saber cómo sale la otra a pesar nuestro.

SÓCRATES

¡Cómo! ¿Concibes tú que los hombres renuncian con dolor a los bienes y con placer a los males? ¿No es un mal forjarse ilusiones sobre la verdad? Sentir que está uno en lo cierto, ¿no es un bien? En tu opinión, ¿no es estar en lo cierto tener una opinión justa sobre cada cosa?

GLAUCO

Tienes razón; creo que, en efecto, es a pesar suyo que se priva a los hombres de una opinión verdadera.

SÓCRATES

Entonces es por sorpresa, por sugestión o por violencia que esta desgracia ocurre.

GLAUCO

No te comprendo.

SÓCRATES

Dijérase que me explico con la obscuridad de los trágicos. Por sorpresa entiendo la disuasión y el olvido. Este último es obra insensible del tiempo y aquélla es obra de la razón que destruye y cambia las opiniones. ¿Me comprendes ahora?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Entiendo por violencia el dolor y el pesar que obligan a un individuo a cambiar de opinión.

GLAUCO

Ahora comprendo, y tú tienes razón.

SÓCRATES

No te será difícil confesar que la sugestión o el encantamiento obran sobre aquellos que cambian de opinión, seducidos por el atractivo del placer o por el temor a algún mal.

GLAUCO

Sin duda, y podemos considerar como encantamiento todo lo que despierta ilusiones.

3. — SÓCRATES

Así pues, como decía hace un momento, hay que buscar a aquellos que son los observadores más fieles de la máxima de que se debe hacer todo lo que se considere más ventajoso para el Estado; probarlos desde la infancia, poniéndolos en el caso en que más fácilmente pudieran olvidar esta máxima y dejarse engañar; escoger, con exclusión de otros, a los que mejor la conserven en la memoria y a quienes sea más difícil engañar; y rechazar a los demás. ¿No es cierto?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Someterles en seguida a la prueba de los trabajos, de los dolores, de las luchas, y observar cómo los soporan.

GLAUCO

Muy bien.

SÓCRATES

Ponerles, en fin, frente a frente con el tercer género de ilusión o de encantamiento, y del propio modo que se expone a los caballos jóvenes al ruido y al tumulto para observar si se espantan, transportar a los guerreros, mientras son jóvenes, a lugares en donde presencien hechos terribles o seductores, a fin de probar, con mayor cuidado de lo que se gasta para probar el oro por el fuego, si en todas esas circunstancias resisten al encanto y conservan la bella actitud de la virtud; si atentos siempre a dominarse y fieles al culto de la música, cuyas lecciones han recibido, demuestran en toda su conducta un alma regulada según las leyes del ritmo y de la armonía; si son, en fin, lo que deben ser para prestar los mayores servicios a ellos mismos y al Estado. A aquél que en la infancia o en la edad viril haya pasado por todas esas pruebas y de ellas haya salido puro, debiera dársele el cargo de jefe y de guardián del Estado; debiera llenársele de honores durante su vida, y después de su muerte erigirle un mausoleo y los demás monumentos que contribuyan a dar mayor lustre a su memoria; será preciso cuidarse mucho de no escoger al que no tenga ese mérito. He ahí, mi querido Glauco, para dar un ejemplo, sin entrar en los detalles, cómo debemos establecer y escoger los magistrados y los conductores del Estado.

GLAUCO

Soy de tu opinión.

SÓCRATES

El título de conductores del Estado y de guardianes perfectos, ¿no es el más justo y el más verdadero que pueda aplicarse a esos hombres, tanto ante los enemigos exteriores como ante los falsos amigos inte-

riores, desde el momento en que quitarán a los unos la voluntad y a los otros el poder de hacer mal a la nación? ¿Y no es también preciso no concedérselo a los guerreros jóvenes para hacer de éstos instrumentos auxiliares del pensamiento de los magistrados?

GLAUCO

Me parece que sí.

VI

1. — SÓCRATES

¿Cómo considerar ahora una de esas mentiras necesarias de que ya hemos hablado y que no deja de tener su importancia? ¿Cómo convencer sobre todo a los magistrados mismos, o a lo menos a los demás ciudadanos?

GLAUCO

¿Cuál es esa mentira?

SÓCRATES

No es cosa nueva. Tuvo su origen en Fenicia; es algo que ha ocurrido en otro tiempo en varios lugares como lo han dicho y hecho creer los poetas, pero que no ha sucedido en nuestros días y acaso no sucederá nunca. Es algo sobre lo cual es bastante difícil convencer.

GLAUCO

¡Trabajo te cuesta decir lo que es!

SÓCRATES

Verás, cuando te lo haya dicho, que mi temor de hablar no carece de fundamento.

GLAUCO

Dilo, y nada temás.

SÓCRATES

Voy a decirtelo; pero a la verdad que no sé de dónde sacar la audacia y las expresiones que he menester. Empezaré por tratar de persuadir a los magistrados y a los guerreros, y luego al resto de los ciudadanos, de que esta educación y todos los cuidados que les hemos encomendado, son como otros tantos sueños; que ellos crean haberlos recibido y haber experimentado el bien que les han hecho; que en realidad, ellos han sido educados y formados en el seno de la tierra, tanto ellos como sus armas y todo cuanto les pertenece; que después de haberlos formado, su madre la tierra los ha dado a luz, y que, por tanto, deben considerar la tierra que habitan como madre y nodriza, defendiéndola contra todo el que se atreva a atacarla, y tratar a los demás ciudadanos como hermanos suyos, salidos, como ellos, del seno de la tierra.

GLAUCO

En verdad que no te faltaba motivo para vacilar por tanto tiempo en contarnos esta fábula.

SÓCRATES

Convengo en ello; mas ya que he comenzado, escucha lo que falta. A todos vosotros, los que formáis parte del Estado, les diría yo que erais hermanos, continuando la ficción; pero el dios que os ha formado ha hecho entrar el oro en la composición de aquellos de vosotros que sois propios para gobernar a los demás. Por tanto, éstos son los más preciosos. El dios ha mezclado la plata en la formación de los guerreros; el hierro y el cobre en la de los labradores y artesanos. Como todos habéis tenido un origen común, tendréis hijos que se os asemejarán, pero puede suceder que

algunas veces el oro produzca una generación de plata, y la plata una generación de oro, y que lo mismo ocurra respecto al uno y al otro entre los dos metales. Ahora bien, ese dios ordena a los magistrados, ante todo, y de la manera más especial, cuidarse mucho del metal que se encuentre mezclado al alma de cada niño, y si los propios hijos tienen alguna mezcla de hierro o de cobre, el dios quiere absolutamente que no se tenga piedad con ellos, que no se les honre más de lo que conviene a su naturaleza y que se les relegue a la clase de artesanos o de labradores. Quiere asimismo que si estos últimos tienen hijos que vengan al mundo con una vena de oro o de plata, se eleve a los primeros al rango de magistrados, y a los segundos al rango de guerreros, porque hay un oráculo que dice que la República perecerá cuando sea gobernada por el hierro o por el cobre. ¿Conoces tú algún medio de hacerles creer esta fábula?

GLAUCO

No veo ninguno para hacerla creer a aquellos de quienes hablas; mas sí para hacerla creer a sus hijos, a sus nietos y a los que nazcan después.

SÓCRATES

Eso nos bastará para inspirarles mayor amor por su patria y por sus conciudadanos; comprendo, poco más o menos, lo que quieres decir.

2. — Que tenga, pues, esta invención todo el éxito que la fama quiera darle. Por lo que a nosotros hace, limitémonos por ahora a armar a estos hijos de la tierra y a hacerlos avanzar bajo la dirección de sus jefes. Que se acerquen y escojan en nuestro Estado un lugar para establecer su campamento, en donde sean los más aptos para reprimir las sediciones internas y

rechazar los ataques del exterior si el enemigo, como un lobo, intenta caer sobre el rebaño. Que después de haber escogido su campamento y de haber hecho los sacrificios convenientes, levanten sus propias tiendas. ¿No te parece?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Tiendas de tal naturaleza que les precaban del frío y del calor.

GLAUCO

Sin contradicción; porque aparentemente hablas de su habitación.

SÓCRATES

Sí, de habitaciones de guerreros, no de habitaciones de banqueros.

GLAUCO

¿Qué diferencia haces tú entre las dos?

SÓCRATES

Voy a tratar de explicártelo. Nada sería más triste ni más vergonzoso, para quienes desempeñan el oficio de pastores, que alimentar, para que les ayudasen en la guardia de sus rebaños, perros que por la intemperancia, el hambre o cualquiera otro apetito desordenado fastidiasen a los carneros, y que de perros se convirtiesen en lobos.

GLAUCO

Ello sería verdaderamente triste.

SÓCRATES

Tomemos, pues, todas las precauciones posibles para que nuestros guerreros no hagan lo mismo con

respecto a los demás ciudadanos, tanto más cuanto que ellos tienen la fuerza en sus manos. Cuidémonos de que en lugar de ser sus defensores y protectores, se conviertan los guerreros en sus amos y en sus tiranos.

GLAUCO

Es preciso estar en guardia contra eso.

SÓCRATES

Pero la mejor manera de prevenir ese peligro, ¿no consiste en darles una buena educación?

GLAUCO

Ya la han recibido.

SÓCRATES

No quisiera yo afirmarlo aún, mi querido Glauco, pero lo que sí me atrevo a afirmar, como lo decíamos hace un momento, es que es preciso que hayan recibido una buena educación, cualquiera que sea, a fin de obtener el punto más importante, que es el de enseñarles a ser bondadosos con ellos mismos y con aquellos a quienes están encargados de defender.

GLAUCO

Bien.

SÓCRATES

Además de esta educación, todo hombre sensato reconocerá que precisa darles habitación y una fortuna que no les impida ser excelentes guardianes y que no les induzca a fastidiar a sus conciudadanos.

GLAUCO

Y ese hombre sensato tendrá razón.

SÓCRATES

Ve tú si para que sean así es necesario que vivan y se alojen como acabo de decir. En primer lugar deseo que ninguno de ellos posea nada en propiedad, a menos que ello sea absolutamente necesario; en segundo lugar que no tengan casa ni almacén a donde no sea libre la entrada para todo el mundo; que en lo que respecta a la alimentación indispensable a guerreros sobrios y valerosos, se impongan la obligación de no recibir de los demás ciudadanos, como salario por sus servicios, ni más ni menos de lo que les sea preciso para satisfacer las necesidades del año; que coman en mesas comunes y que vivan juntos como guerreros en campaña; también quiero que se les diga que en el alma tienen algo de divino y que no han menester de lo que viene de los hombres; que la religión, no permite manchar la aleación del metal divino con la aleación del metal humano; que lo que ellos poseen es puro, en tanto que lo que circula entre los hombres ha sido profanado por innúmeras impiedades; que entre todos los ciudadanos son ellos los únicos a quienes no les está permitido manejar, pero ni siquiera tomar el oro o la plata, vivir con esos metales bajo el mismo techo, vestirse de ellos, ni beber en copas fabricadas con esos metales; que es ese el único medio de satisfacer sus necesidades y las del Estado; que desde el momento en que ellos poseyeran tierras, casas y dinero, de guardianes que son se convertirían en economos y en labradores; de defensores del Estado, se convertirían en sus enemigos y en sus tiranos; que se pasarían la vida odiándose mutuamente, en prepararse emboscadas; que tendrían más que temer de los enemigos interiores que de los exteriores, y que marcharían rápidamente hacia la ruina y la Repú-

blica con ellos. He ahí las razones que me han llevado a reglamentar así el alojamiento de los guerreros y todo lo que debe pertenecerles. ¿Dictaremos nosotros una ley así? Responde.

GLAUCO

Sin vacilar.